

Simona Škrabec es doctora en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Ha traducido diversas obras al catalán y al esloveno. Es autora de numerosos estudios literarios (algunos publicados en revistas como *L'Espill* y *Els Marges*) y del libro *L'estirp de la solitud. El sentit tràgic en la narrativa breu de les literatures centreeuropees* (Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2003).

Jerarquía de identidades

Simona Škrabec

Vivía con el miedo permanente de que se perdería alguna cosa importante o bonita. Viajaba a menudo y, más a menudo aún, sufría a causa de no estar viajando. Estaba convencida que las cosas importantes, la felicidad, siempre se encontraban en alguna otra parte, siempre estaba llena de proyectos de cómo atraparlos, de cómo encontrar el momento brillante en el cual, según dicen, la vida se convierte en sueños.

Miljenko Jergović, Marlboro de Sarajevo

La Unión Europea es por ahora una alianza económica y monetaria, pero desde que se ha empezado a hablar de que necesita una constitución y que hay que estrechar los vínculos de la gente con ese proyecto común, ha surgido el debate sobre la identidad europea, concentrado principalmente en dos preguntas: ¿quién debe ser considerado europeo? y ¿cómo se va a acoplar la identidad europea con los otros sentimientos de pertenencia que los habitantes del continente cultivan con tanto esmero?

Dejemos la respuesta a la primera pregunta para más adelante y tratemos de resolver primero el complicado *puzzle* en el que los colores que representan lenguas, pueblos, naciones y el espíritu cosmopolita rivalizan para ocupar el corazón de cada uno de nosotros.

El dilema no resulta nada nuevo para mi pequeño país, Eslovenia. Ivan Cankar escribió en su penetrante y visionario ensayo *Los eslovenos y los yugoslavos* al estallar las guerras balcánicas de 1912: «Por si aún queda alguien que no lo sabía, ahora podrá comprender que nosotros no somos sólo eslovenos, y mucho menos sólo austriacos, sino que somos también miembros de una gran familia que vive entre los Alpes Julianos y el mar Egeo. Así, pues, el primer disparo en los Balcanes resonó hasta en el pueblo más escondido de nuestro país ①».

Por aquel entonces Eslovenia era parte de Austria, los eslovenos vivían divididos en diferentes provincias y soñaban con la posibilidad de unir toda la población eslovena en una sola unidad administrativa. Pero miraban también hacia el sur, donde otros pueblos eslavos se liberaban de la opresión turca. «Somos hermanos de sangre», decía Cankar, «primos por lo que se refiere a la lengua, pero por la cultura, que es el resultado de muchos siglos de una educación separada, somos extranjeros unos para otros, nos distinguimos mucho más unos de otros de lo que se distingue el granjero de Carniola de uno del Tirolo o el viticultor de Gorizia de un cultivador de viña friulano».

Cankar —que acabó en una prisión austriaca, acusado de alta traición contra el Estado a causa de sus escritos a favor de la creación de Yugoslavia— tenía muy claro que la unión deseada entre los distintos pueblos balcánicos podía basarse sólo en el respeto mutuo, de manera que todos los pueblos integrantes serían considerados iguales y tendrían los mismos derechos; en otro caso no valía la pena ni intentarlo, porque no funcionaría.

«Hay que tener mucho cuidado con las utopías», advertía Cankar poco antes de morir y poder comprobar cuanta razón tenía, «porque tienen la curiosa capacidad de acabarse realizando ②».

Eslovenia realizó durante el siglo xx muchas de las utopías que parecían del todo imposibles. Conoció no uno, sino dos Estados yugoslavos distintos que al final resultaron no ser capaces de respetar la diversidad cultural de su territorio. Luego vino la independencia y finalmente la integración en la Unión Europea.

① Ivan Cankar, *Slovinci in Jugoslovani*, en *Zbrana dela I*, Ljubljana, Mladinska knjiga, 1967.

② *Ibid.*

Al igual que para los eslovenos, la integración de los otros países del *cinturón diabólico* en la Unión Europea significa la realización de una utopía que sólo dos décadas atrás parecía imposible. La invocación de la «Europa central», que aglutinó durante los años ochenta del siglo xx los intentos de eliminar la barrera ideológica en mitad del continente, ha realizado su propósito. Al menos políticamente, el telón de acero se ha levantado, aunque de vez en cuando se oyen aún los crujidos de la vieja cortina oxidada. A pesar de que la actualidad viene marcada por la reciente ampliación de la Unión Europea, pasaré de puntillas sobre ese hecho porque tanto para averiguar quiénes pueden considerarse europeos como para resolver la cuestión de la jerarquía de identidades en ese complicado crisol de culturas resulta de más utilidad tener presente el caso yugoslavo.

El espejismo de las muñecas rusas El modelo de la segunda Yugoslavia, de la República Socialista Federativa de Yugoslavia (1941-1991), parece ser hoy por hoy, y a pesar de todo lo ocurrido en los territorios de ese Estado, un paradigma para resolver el rompecabezas de las identidades europeas. Se trata de un modelo de círculos concéntricos que propone establecer una jerarquía entre los sentimientos de pertenencia a distintas identidades para que se acoplen como muñecas rusas una a otra. La estructura jerárquica debería tener otra particularidad: todas las capas interiores, excepto quizás la que representa el hombre individual, deberían desintegrarse lentamente bajo la categoría superior.

Si hubo una vez un tiempo en que un esloveno se consideraba primero como un individuo, luego un esloveno y después un yugoslavo, podemos imaginar fácilmente que otros organicen sus identidades de esa manera. La estructura de las muñecas que caben una dentro de la otra parece ser útil también para resolver el dilema europeo, y sin ninguna dificultad podríamos añadir una capa o dos más a esa jerarquía de identidades: primero la muñeca que significa ser europeo y luego la que representa el ciudadano del mundo sin más.

Pero las cosas no son tan sencillas. Europa no es una sociedad postcolonial que podría, a partir de una situación de *tabula rasa*, escribir de nuevo su tradición y sus reglas de juego. El objetivo de la identificación con una Europa políticamente y económicamente unida no significa fundir las capas intermedias entre el hombre individual y el ciudadano europeo.

Quien haya conocido un país en el que la convivencia se basa en eslóganes y haya visto con qué facilidad el primer soplo de una crisis económica o social cuarteaba el optimismo impuesto, temerá para siempre a la máscara que ha de ocultar las imperfecciones. La doctrina yugoslava de *hermandad y unidad* era un producto de las elites políticas para cohesionar el Estado ③. Proyectaba un marco común, impuesto desde arriba, que se basaba en la convicción del partido comunista de que la nación era una categoría obsoleta que había que superar. Pero nunca se consiguió imponer la identificación con un modelo transnacional de Yugoslavia, aunque la energía invertida en ese proceso durante décadas fue inmensa ④.

Como mínimo desde el final del siglo xix, cuando Sigmund Freud empezó a estudiar los casos de histeria entre las jóvenes que destacaban por su inteligencia, sabemos que el hombre como individuo no está hecho de una sola capa, sino que dentro de cada uno de nosotros se cruzan fuerzas que a veces no podemos comprender del todo. Lo mismo pasa con la sociedad; cualquier grupo humano es una amalgama heterogénea, una observación especialmente importante a tener en cuenta en el caso de naciones o pueblos.

Si se me permite un poco de ironía, la admisión de nuevos miembros en una nación se puede regular con las interminables colas delante de las comisarías de policía o bien con la

③ Aleš Debeljak, *Evropa brez Evropejcev* [Una Europa sin europeos], Ljubljana, Sofía, 2004.

④ El mejor análisis de cómo se construyó la identidad yugoslava que conozco es obra del investigador americano Andrew Baruch Wachtel: *Making a Nation, Breaking a Nation: Literature and Cultural Politics in Yugoslavia*, Stanford, California University Press, 1998.

prohibición de matrimonios mixtos prescrita por leyes ancestrales que no necesitan ningún agente que vigile su cumplimiento. Después de diez años de esperas periódicas en la acera delante de un antiguo palacio, después de haber dado a mi nueva nación unos cuantos nuevos miembros y haber aprendido su lengua a un nivel que me permite escribir ese artículo, ya no estoy segura de que no habría convencido antes al caudillo de una tribu para que autorizara a su hijo a casarse conmigo a pesar de sus sagradas y misteriosas tradiciones. Es exactamente lo que dice Max Weber ⑤, tanto una *sociedad* como una *comunidad* son excluyentes dependiendo de circunstancias concretas. Pero los comentaristas posteriores de Weber han desarrollado a partir de sus categorías una teoría en la que la sociedad es un término plenamente positivo y la comunidad está cargada de un sentido íntegramente negativo. Una prueba la podemos encontrar precisamente en el cambio de nombre de la Comunidad Europea a Unión Europea, sin duda influido por las reflexiones que defienden esa distinción sin matices ⑥.

La identidad nacional ha producido ejemplos que provocan admiración o temor, escudos reconocidos o banderas clandestinas, entusiasmo oficial o lemas reivindicativos, de manera que no resulta nada fácil reducirla a una capa uniforme dentro de nuestra imaginaria muñeca rusa. El caso de Eslovenia es en ese sentido especialmente significativo. No pocas veces habrán oído la afirmación de que el país escapó de la guerra yugoslava sólo porque es étnicamente homogéneo. Sin embargo, nada más lejos de la verdad: aparte de los alemanes, italianos y húngaros, que han dejado sus huellas en el tejido nacional, hoy por hoy el diez por ciento de los habitantes de Eslovenia provienen de alguna de las antiguas repúblicas yugoslavas. La vivacidad del legado «balcánico» ⑦ en la cultura eslovena actual se pone de manifiesto, por ejemplo, en fiestas multitudinarias pro-balcánicas, con comida típica, música y camareros que utilizan su lengua de origen. La imaginaria balcánica es ampliamente aceptada entre la población eslovena. Los Balcanes se han convertido en un movimiento heterogéneo que ayuda a combatir la deshumanización que la gente teme de la mentalidad occidental. La cultura balcánica ha tomado un rol importante de subversión de los modelos culturales oficialmente promovidos. Su atrevimiento a la hora de cuestionar, de proponer otras maneras de ver la vida, es un importante contrapeso a la obsesión eslovena con el trabajo. La presencia de la cultura del antiguo estado común ayuda a construir el pluralismo necesario para cualquier sociedad ⑧.

La pregunta sobre la identidad europea es aún más difícil. Cuando los estudiantes de diversos países europeos que se conocen por casualidad en las universidades americanas coinciden en que son diferentes de los americanos y al mismo tiempo descubren que a pesar de que uno viene de Rumanía y otro de España comparten una serie de cosas que les hacen sentir herederos de una sola cultura: viven en ciudades con plazas llenas de palacios y calles estrechas repletas de historia, compran en pequeñas tiendas de barrio, comen platos guisados en casa, tienen diferente sentido del humor y aman las artes de otra manera... ⑨ En ese contraste se definen una serie de características vagas, imprecisas que hacen que uno, cuando está lejos de casa, se sienta europeo.

Ese proceso de identificación mediante el contraste con la sociedad americana puede que resulte hasta agradable, pero la manera como se define el europeo a sí mismo en tal caso es igual que cuando, por ejemplo, un grupo de médicos de diversas nacionalidades visita un campo de refugiados en África. Todos ellos se sentirían simultáneamente diferentes de lo que ven y parte de un mismo mundo, sólo que delante de unos ojos llenos de miedo y hambre ese pensamiento no surge sin dolor ni resulta nada reconfortante.

⑤ Max Weber, *Economía y sociedad* [1922], México, FCE, 1964.

⑥ Aleš Debeljak, «Vzhod proti Zahodu: dve viziji Evrope» [«Este versus Oeste: dos visiones de Europa»], en *Evropa brez Evropejcev* [Una Europa sin europeos], Ljubljana, Sofia, 2004. Debeljak sopesa las dos categorías utilizadas para el análisis del fenómeno de la nación (base étnica o ciudadanos de un Estado) y muestra los puntos débiles tanto de una como de otra visión.

⑦ Mitja Velikonja, *Biv_i doma_i – balkanska kultura na Slovenskem po letu 1991* [Los compatriotas de antes – la cultura balcánica en Eslovenia a partir de 1991]. También en inglés: «Ex-home: Balcan culture in Slovenia after 1991», en *Balkan in Focus*, Lund (Suecia), Nordic Academic Press, 2002.

⑧ Especialmente importante para la comprensión de las relaciones entre los eslovenos y su ex Estado son las contribuciones de Aleš Debeljak, como por ejemplo el libro *Lanski sneg* [La nieve del año pasado], Maribor, Dialogi, 2001.

⑨ Abundan los testimonios en ese sentido. Un buen ejemplo es el ensayo de Slavenka Drakulić «A Trip Back to Europe», en *Central Europe: Core or Periphery?*, Copenhagen, 2000.

⑩ Imprescindible para conocer las reflexiones eslovenas sobre cómo funciona el rechazo fetichista: Slavoj Žižek, *The Sublime Object of Ideology*, Londres, Verso, 1989.

⑪ Hans Georg Gadamer, *La herencia de Europa*, Barcelona, Península, 1990.

⑫ Dejan Komelj, «Hermenevtika vmesnosti» [«Hermenéutica de un espacio intermedio»], *Nova revija*, núm. 239, abril 2002. Samo Kutoš, «Uvod v Gadamerjevo filozofsko hermenevtiko» [«Introducción a la hermenéutica filosófica de Gadamer»], *Literatura*, núm. 73, 1997.

¿Con qué modelo se identifica Europa, cuál es su utopía de hoy? El modelo no tendrá que ser, espero, la diferenciación de los otros ⑩, especialmente de las sociedades menos desarrolladas. Europa como concepto es un marco común y si alguna cosa la hace tan especial que valga la pena creer en ella es precisamente el sueño de que sólo quiera quedarse en el marco, que es capaz de aceptar la diversidad que existe en su seno. La herencia de Europa, según Gadamer ⑪, es «el Otro que nos llama y que contribuye a un encuentro con nosotros mismos. Todos somos el Otro y todos somos nosotros mismos.» En Eslovenia, la hermenéutica de Gadamer influyó de manera importante en las reflexiones acerca de cómo debería encajar el país en la cultura europea, sabiendo que por cultura europea no hay que entender ni una cultura unitaria ni una unión cultural, sino el espíritu abierto que permite el encuentro entre las diversas culturas ⑫.

El marco es un concepto difícil y no siempre agradable porque niega una clase especial de gozo que hace sentir a los hombres particularmente felices y realizados. Reconocer la diversidad es renunciar a la totalización. Es decir, que Europa como cultura de culturas no nos puede ofrecer la satisfacción que una nación sí puede, la satisfacción de sabernos parte de un universo total donde todo lo que necesitamos ya está incluido y donde no quedan huecos que nunca llegaremos a comprender.

Estudiando la historia de nuestra literatura nacional se crea el espejismo de que el canon que contienen los libros de texto revela a los alumnos aplicados hasta el último secreto. Que tal creencia no tiene nada que ver con la realidad lo saben sólo los sabios profesores de literatura que han entrado en los laberintos de la propia tradición, pero para el resto de los mortales el espejismo persiste y la literatura nacional es un mundo ordenado y claro, el cosmos *versus* el caos de lo desconocido. La literatura, evidentemente, es sólo un ejemplo, pero resulta aplicable a cualquier otro campo del saber y hasta a las costumbres cotidianas, las tradiciones arraigadas, las pequeñas manías incomprensibles. Una cultura es el compendio de reglas con las que sus miembros han logrado conjurar el caos, convertir el mundo hostil en un universo donde se sabe cómo comportarse, donde cada cosa tiene un lugar predefinido.

¿Saben que en una casa particular eslovena los anfitriones esperan que las visitas se quiten los zapatos, teniendo preparadas siempre unas zapatillas para ellas? Nada tiene que ver esta curiosa costumbre con la religión, no se confundan, sino que se debe a la obsesión nacional por la limpieza, y tiene que ver con el clima húmedo, con el sentido práctico y con las pocas ganas de renunciar a la comodidad por guardar la compostura. Los niños trajinan sus zapatillas de casa a la escuela y de la escuela a casa cada día y los adolescentes rebeldes se cambian dócilmente el calzado antes de entrar en las aulas del instituto sin pensar que en su actitud hay algo extraño...

El cesto de pantuflas fácilmente lavables, de todos los números, pequeños y grandes, al lado de la puerta es para mi hoy sólo un recuerdo, pero si no hubiera salido de mi pueblo quizás nunca habría pensado que la canasta de zapatillas no es una cosa imprescindible para formar un hogar. En un mundo tan densamente interrelacionado como es el mundo actual, las fronteras de lo nuestro, del universo conocido, ya no vienen dadas de entrada sino que son el resultado de las propias exploraciones.

De todos modos, aunque limitemos la cuestión sólo a Europa, y por mucho que uno se esfuerce por conocer el entorno europeo, habrá platos que nunca probaremos, ritmos que nos resultarán extraños, autores literarios importantes que no habremos oído ni siquiera nombrar y aspectos de los sucesos históricos desconocidos y otros inaceptables para nues-

tro punto de vista. La cosa no tiene remedio, una guerra es muy distinta si se contempla desde el lado del vencedor o del perdedor, igual que el mundo de un hombre feliz y el de uno infeliz no parece el mismo. Aceptar la diferencia, renunciar a la totalización de la experiencia cuesta mucho porque de ese modo se nos niega el gozo de vivir en un cosmos familiar y seguro.

La reflexión en torno al concepto de gozo de Slavoj Žižek pone de manifiesto que sin esa categoría lacaniana no es posible descifrar de dónde proviene la seducción del nacionalismo en todas sus variantes. Se trate de naciones pacíficas y democráticas con un marco estatal establecido o bien de un grupo de radicales, dispuesto a defender sus derechos con las armas, todos creen que sólo dentro de la nación una persona puede realizarse plenamente. El gozo que uno espera obtener de la pertenencia a un pueblo no es negativo ni positivo *a priori*, sino que se trata de una simple constatación analítica. La valoración depende de la finalidad con la que se explota la energía de esa seducción ⑬.

⑬ Slavoj Žižek, «Enjoy your nation as your self», en *Taming with the Negative*, Durham, Duke UP, 1993.

⑭ David Albahari, *El anzuelo*, Madrid, Debate, 1999.

⑮ Ernest Renan, «Què és una nació?», *L'Espill*, Valencia, núm. 7, 2001.

Los gitanos vuelan hacia el cielo David Albahari, el escritor judío en lengua serbia que ha vivido de cerca los recientes conflictos de Kosovo, donde residía, explica en la novela *El anzuelo* ⑭ a su amigo canadiense la diferencia entre el país que le ha acogido, Canadá, y la tierra que acababa de abandonar. Nosotros tomamos el café con poso, dice Albahari, el café americano en cambio está cuidadosamente filtrado. La cohesión americana descansa sobre el principio de la amnesia: olvidar y embellecer para poder vivir juntos ⑮.

La vieja Europa tiene en esa manera de pensar su peor enemigo, el poso de la historia europea –no sólo el lejano esplendor de las épocas pasadas, sino sobre todo los residuos de la historia reciente– es demasiado denso e importante para ser ignorado. La fortaleza de Europa se construye sobre vestigios demasiado presentes para ser olvidados, un nuevo y bello edificio se erige sobre un terreno de arenas movedizas. La solidez no dependerá de la capacidad de olvidar que sus cimientos son frágiles.

El primer paso para resolver cualquier conflicto y asegurar la convivencia pacífica es reconocer que el conflicto existe. Respetar esta regla básica resulta hoy muy difícil porque eludir las crisis por todos los medios es la postura que ha marcado el tiempo posmoderno hasta los tuétanos y ha permitido que el espíritu de la aldea global inunde todos los rincones del planeta. Desde ese punto de vista, la in-autenticidad se muestra como la condición *sine qua non* del hombre europeo que tiene que aceptar primero la forma que le dicta la esfera pública, antes de poder convertirse en un europeo. Las palabras de Witold Gombrowicz en su *Diario* acerca del «problema de la Forma, el hombre como el productor de la Forma, el hombre como el esclavo de la Forma, el hombre no auténtico» todavía no han perdido actualidad y permiten comprender el gran vacío del proyecto europeo ⑯.

Ernest Gellner definió con precisión la mentalidad de las sociedades avanzadas que explica las reservas profundas en contra de un concepto de Europa como un simple marco. La idea es que el progreso económico va unido a la cohesión social ⑰. Las conclusiones de Gellner corresponden a una convicción profundamente arraigada que se puede resumir en una sola frase: cuanto más homogénea sea una sociedad, tanto más fácil resultará gobernarla, de manera que tendrá más garantías de bienestar y progreso. Mucho me temo que detrás de los intentos de dar más cohesión a la Unión Europea, dotarla de una constitución y establecer para ella un canon de tradiciones compartidas hay la intención de seguir la pauta de asegurar que la Unión siga el modelo de una «sociedad avanzada». Precisamente

⑯ *Nova revija*, una de las plataformas intelectuales más significativas de Eslovenia, publicó un volumen extenso (440 págs.) con contribuciones de pensadores, sociólogos y literatos sobre el ingreso en la Unión Europea. Uno de los artículos más interesantes es el análisis filosófico de Ivan Urbančič que se sirve de los *Diarios* de Gombrowicz. Niko Grafenauer, ed., *Evropski izziv [El reto de Europa]*, Ljubljana, Nova revija, 2003.

⑰ Ernest Gellner, *Cultura, identidad y política*, Barcelona, Gedisa, 1989.

en ese contexto no deberíamos olvidar que el caso yugoslavo señala de una manera terriblemente dolorosa que la amnesia no es un buen compañero de viaje.

Sin embargo, la teoría a la que obedece el eslogan «homogeneizar para progresar» ha caducado en diversos aspectos. Para el progreso económico hoy resulta mucho más relevante la competencia intercultural que una población monolingüe, encerrada dentro de sí misma. Las resistencias de las estructuras de poder a aceptar esa conclusión vienen sobre todo de su miedo a perder el control. Una sociedad capaz de comparar lo propio con lo ajeno, de aprender del ejemplo de otras culturas no tiene por qué temer el retraso histórico. Pero sus gobernantes sí que pueden y deben temer un veredicto mucho más duro que el que podrían esperar si sus súbditos no hubieran levantado la mirada más allá de la frontera.

Las últimas elecciones europeas confirman que a la idea de Europa le faltan adhesiones voluntarias y entusiastas. Una participación que en la mayoría de los antiguos y también en los nuevos países miembros no superó ni un 30 por ciento es un dato preocupante. No olvidemos que se trata de países donde sólo diez años atrás la población estuvo dispuesta a formar una cadena humana que reunió a más de un millón de personas (países bálticos) o a sacar a la carretera sus camiones privados y vehículos personales para que el ejército no avanzara (Eslovenia).

En 1858 Fran Levstik escribió un cuento con mucha ambición literaria que hoy sigue siendo muy leído, sobre todo por los niños, un relato sobre la lucha de Martin Krpan contra el gigante turco que aterrorizó Viena. Martin es llamado a la capital por el emperador porque el turco ya ha matado a todos los nobles y al final no queda nadie más que pudiera salvar al gran imperio austriaco. El esloveno responde a la llamada, salva el país, y haciendo ostentación de su origen provincial, en vez de utilizar un sable, lucha con un hacha de carnicero, en vez de un caballo noble monta una jaca mal alimentada y va vestido con ropa de burda lana. La Viena que sólo se acuerda de ti cuando te necesita y donde un pobre labrador no tendría suficiente dinero para comprarse una comida, es la imagen arquetípica que conservan en la memoria todos los pueblos centroeuropeos, aunque a veces en vez del *kaiser* se trate del *zar* de Moscú o de los emperadores prusianos. Pero el recuerdo histórico es el mismo: un poder lejano que no se deja influir ni escucha para nada lo que tienen que decir los súbditos. Para ilustrar la gravedad de los precedentes nada mejor que la anécdota que cuenta Dimitri Rupel en un ensayo sobre el alcalde triestino Ivan Nabergoj. En 1835, durante un viaje del príncipe Maximiliano a Trieste, el alcalde le presentó a los trabajadores que construían una carretera. El príncipe observó con gran sorpresa que no hablaban ni italiano ni alemán. Esa fue la primera vez que el mandatario descubrió que en su reino vivían los eslovenos ⑩.

En el Oeste la baja participación en las elecciones de la primavera de 2004 se salvó con una imprecisa explicación acerca de que los ciudadanos de la Nueva Europa aún no saben como funciona la democracia, lo que insulta la capacidad que precisamente esos países mostraron en la transición pacífica desde el comunismo. En Eslovenia, en cambio, la deserción de los votantes se aceptó casi con alegría: la natalidad es cada vez más baja, cada vez más personas abandonan la agricultura y además ya no nos importan las elecciones. La entrada en el club europeo, pues, está más que asegurada. En 1985 en las páginas de la revista *Cross Currents*, altavoz potente de la insurrección centroeuropea, apareció la declaración de György Konrád: «Europa Central es un club extraño, pero merece la pena formar parte de él ⑪». Toda la ambición de los europeos está descrita en su declaración. No importa el contenido, lo único que importa es formar parte del club para no quedar entre los rechazados.

⑩ Dimitri Rupel, «Essay über das Küstenland», en *Begegnungen*, Ljubljana, Nova revija, 1995.

⑪ G. Konrád, «Is the Dream of Central Europe still alive?», *Cross Currents*, núm. 5, 1985.

¿Se ha convertido la democracia en un simulacro que sólo pretende guardar las formas? ¿De verdad nadie excepto dos señoras mayores que encontré aquel domingo delante de una mesa electoral casi desierta y yo misma cree ya en el poder de la papeleta doblada por la mitad? ¿Dónde se ha producido el error?

La pregunta habitual es: ¿cómo encontrarán las diversas identidades que coexisten en Europa la manera de integrarse en Europa si se definen de una manera tan excluyente? Pero hay que darle la vuelta a la pregunta y decir ¿está el concepto de la identidad europea preparado para acoger todo lo que le pertenece?

De la película *Casa de ahorcados* de Emir Kusturica, conocida en Occidente con el título *El tiempo de los gitanos*, que ganó la Palma de Oro en 1989, recuerdo con nitidez una única escena, envuelta en una atmósfera onírica: una chica joven tumbada en el suelo en primer plano, con una barriga enorme, está dando a luz y el niño, nada más salir del vientre, desaparece como si volara detrás del horizonte. La causa de que haya retenido con fuerza la imagen podría ser simplemente el hecho de que en Eslovenia el título se tradujo describiendo la imagen mencionada: «Los gitanos vuelan hacia el cielo».

No hay nada poético en esas palabras tan bonitas. El director bosnio denunciaba entonces una realidad todavía demasiado presente. Vista desde fuera, Europa es una fortaleza inalcanzable. Quien consigue entrar es como si hubiera tocado el cielo: desaparece más allá del horizonte y lo más probable es que de su fortuna nunca más se sepa nada. Como la mítica madre griega, Hecuba, que confió su hijo al rey de Tracia, segura de que le educaría y le ofrecería unas condiciones de vida dignas, las madres del Magreb, del resto de África, de India y de los países sudamericanos descubren con demasiada frecuencia que sus hijos no han llegado al cielo, sino que encontraron en la cubierta de una patera o en un contenedor el sueño más dulce y duradero de todos.

En 1989 Drago Jančar respondió con dureza a la declaración de Peter Handke²⁰ para quien Europa central no era nada más que una zona climática cubierta de nubes que tapan permanentemente su Austria natal. Jančar le recordó que en el territorio europeo no existe ninguna barrera «natural» por el estilo y que allá donde Handke solo veía la línea de nubes en el cielo las personas arriesgaban sus vidas para atravesar el muro ideológico. Hoy las muertes suceden en otras fronteras de Europa, pero suceden igualmente. Lo que impide que nos afecten –es una conclusión literalmente estremecedora– no es que estemos tan acostumbrados a oír la noticia, sino que en los emigrantes ilegales no vemos la clase de personas con las que nos podríamos identificar. Y esa es la misma fuerza de la barrera mental que aguantó el muro de Berlín durante cincuenta años.

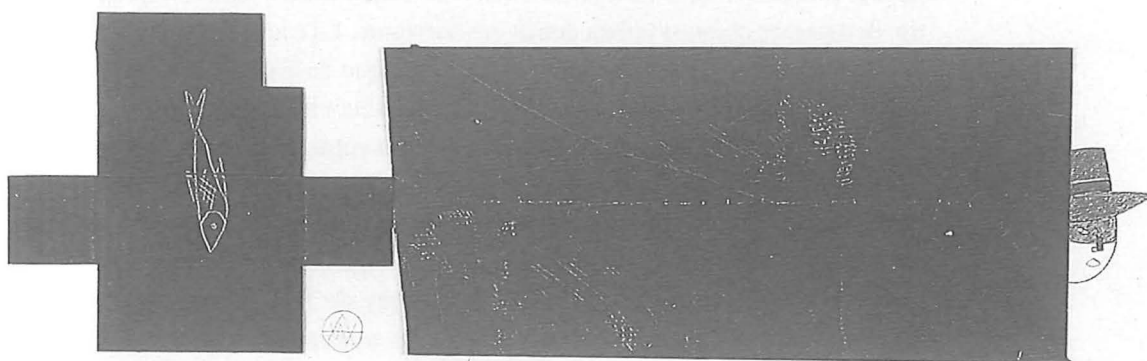
Pero la presencia de las chicas jóvenes que llevan un bebé colgado del cuello en una *bisaga* por las calles de las ciudades occidentales tiene otra explicación. Según las estimaciones viven en los países ex-comunistas 6 millones de gitanos que se encuentran ante un colapso de medios de vida sin precedentes. Con la entrada de los nuevos miembros, Europa ya no puede considerar que representen un «problema» externo. El comunismo, con su afán de mejorar el mundo, había intentado resolver la situación de precariedad en que vivían en los pueblos. A los gitanos se les destinó como mano de obra para grandes fábricas estatales y los trasladaron a los nuevos centros industriales donde también tenían asegurada una vivienda social. Las fábricas han desaparecido y con ellas el pequeño sueldo y el dinero para pagar el alquiler. Tampoco pueden volver a los pueblos de antes, no tienen tierras ni propiedades, no tienen nada. Sobre todo no tienen educación, los datos estremecen: en Hungría sólo un 2 por ciento de la población gitana de entre 25 y 29 años acabó la escuela secun-

²⁰ Drago Jančar, *Terra incognita*, Klagenfurt, Wieser, 1989.

daria, y la situación de otros países no es muy diferente. No era infrecuente que los niños acabaran confinados en una clase con «necesidades educativas especiales» de la que ningún profesor esperaba ningún resultado. Para resolver su situación las buenas palabras sobre la convivencia y la igualdad no bastarán, el comunismo ya las ha gastado todas. Las medidas que se tomen en el futuro deberán trabajar con una imagen más positiva de la comunidad gitana, tanto por parte de los otros, como de ellos mismos ②.

② István Pogány, «Accommodating an Emergent National Identity: The Roma of Central and Eastern Europe», en *Accommodating National Identity*, La Haya, Kluwer, 2000.

Son cosas que se pueden esperar de un futuro mejor, pero la situación actual es como la que describe Brane Mozetič en uno de sus poemas. Una chica mendiga con el niño en brazos, él está tomando el sol en una terraza: «El camarero la echa fuera mientras la gente comenta/ los últimos coches, coños, trapos. /Pero no la política, porque ya no interesa a nadie/ y todavía menos la percepción filosófica del mundo».



③ Brane Mozetič, *Banalije*, Ljubljana, Alef, 2003.

En el mismo libro ③ el poeta comenta otro aspecto importante de la cultura europea: «No me han dado nada que me ayude /ser. Ninguna clase de esperanza / para lamentarse, para suplicar y tener fe en la salvación. / Ninguna clase de amor para esparcirlo en el mundo. [...] No me han dado las costumbres / viejas ni los ritos, todos los días me resultan iguales y/ no espero ninguno con una alegría especial, /ninguno me ilusiona».

Se ha hablado mucho de los fundamentos cristianos de la cultura europea, pero no hay que olvidar la tradición del pensamiento europeo que es capaz de imaginar el mundo sin Dios, el mundo sin ideales. Es verdad, la mayoría de las personas nunca sentirá la necesidad de entrar en el infierno de las ánimas poéticas torturadas como la que se desnuda en ese poema, es sólo trabajo y oficio de los poetas enseñar la profundidad del sufrimiento, producido por el vacío. Pero la capacidad de pensar un mundo sin Dios es un elemento fundamental de la identidad europea y aún mucho más lo es la capacidad de aceptar la convivencia entre ateos y creyentes. La brecha entre las dos percepciones del mundo marcó mucho más profundamente la historia reciente de Europa que los conflictos entre las diversas religiones o confesiones. ¿Dónde queda la guerra de los Treinta Años o las cruzadas en tierra santa? Ningún recuerdo personal llega tan lejos; nuestros padres en cambio lucharon de una manera u otra en una guerra civil sangrienta parecida, precisamente en España y en Eslovenia, defendiendo con las armas la fe o bien defendiendo el derecho a negarla de una manera absoluta. La tolerancia religiosa significa no sólo la aceptación de las diferentes creencias, sino también el respeto entre los creyentes y los que no lo son.

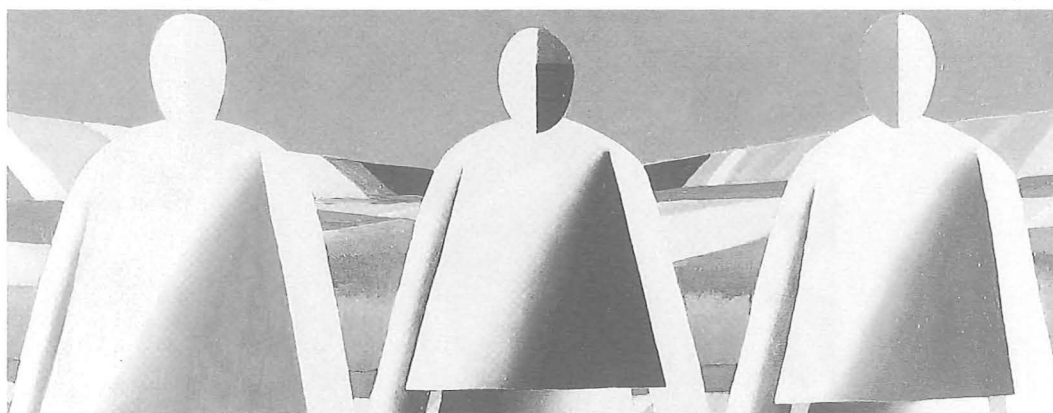
Quizás parece una obviedad decir algo por el estilo, pero estoy pensando en Miljenko Jergovič, un joven periodista y escritor de Sarajevo, que hace pronunciar a uno de sus personajes la siguiente constatación: «Desde que en Bosnia empezó la guerra no he encontrado a ningún ateo ④».

④ Miljenko Jergovič, *Sarajevski Marlboro*, Zagreb, Durieux, 1994.

Todas las partes implicadas en la guerra en Bosnia se sirvieron de la simbología religiosa de una manera abrumadora. La explicación predominante atribuye a esa parte de los Balcanes odios ancestrales y diferencias incompatibles. El *orientalismo* y las ganas de eludir responsabilidades concretas reducen en los países europeos la guerra de Bosnia al nivel de fanatismo nacionalista y fundamentalismo religioso. Con pocas palabras, conflictos irracionales e incomprensibles, sin causas claras.

Pero los lazos entre las políticas nacionalistas y las comunidades religiosas resultaron beneficiosos para las dos partes. La movilización nacional, política y militar no se podía conseguir sin la implicación de elementos religiosos. Las fiestas religiosas pasaron a ser oficiales y la gente empezó a regir la vida según las más estrictas normas de su confesión. Poco antes de que empezaran los conflictos armados se hicieron exhumaciones de religio-

Arroyo:
Waldorf Astoria
(1989)
<

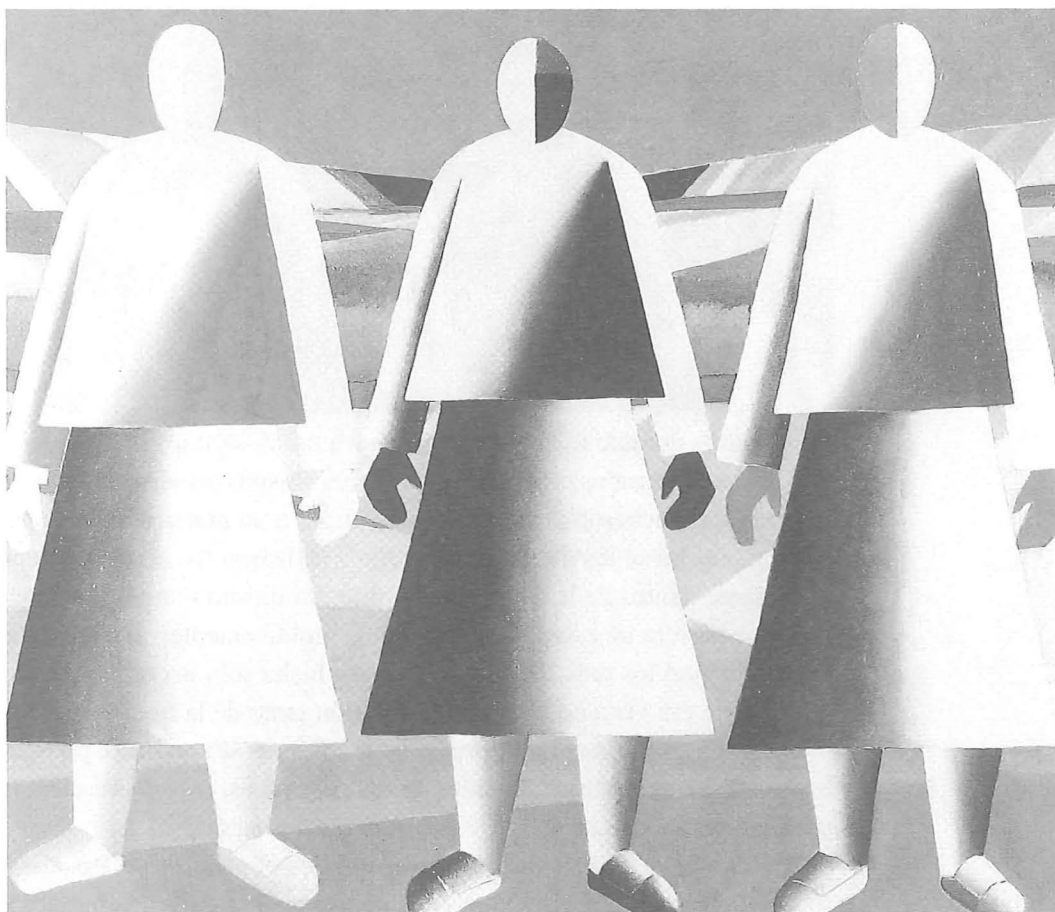


sos muertos durante la Segunda Guerra Mundial, algunos de los cuales fueron más tarde, en 1998, canonizados: un metropolitano y tres obispos ortodoxos y un cardenal católico. Las iglesias aprovecharon la situación para atraer a un número de feligreses que en otras circunstancias no se les hubieran acercado. Utilizaron los acontecimientos para fijar su rol dominante dentro de la sociedad. El objetivo último tanto de serbios como de croatas y musulmanes era un estado uniconfesional, políticamente y nacionalmente homogéneo. Al mismo tiempo los radicales no veían en su lucha sólo la defensa de la propia nación, sino que Bosnia era vista como el último bastión tanto de la fe católica como de la ortodoxa o musulmana en Europa. La destrucción de los otros se convirtió, pues, en una obligación de los fieles. Se derribaron alrededor de mil mezquitas, más de trescientas iglesias ortodoxas y cuatrocientos cincuenta iglesias y monasterios católicos.

Además es importante subrayar que los conflictos en Bosnia no tuvieron ningún fondo lingüístico. La gente que vivía en las mismas calles, compraba en las mismas tiendas e iba a las mismas escuelas evidentemente hablaba igual. Nadie podía distinguir en Sarajevo a un musulmán de un croata o de un serbio por la manera de hablar. Hoy es distinto, la lengua que hablan tiene ahora tres nombres, hay traductores e intérpretes que saben encontrar diferencias suficientes para justificar su trabajo. Y no les debe resultar nada fácil. Bosnia ha copiado con éxito el modelo occidental, no sólo ha procurado una sola fe para cada una de sus naciones, también ha trabajado para que cada miembro de la nación hable sólo su propia lengua con el esmero suficiente para que no se confunda con la del vecino. En los Balcanes se ha demostrado la eficacia del modelo homogeneizado de las «sociedades avanzadas». Bosnia es la imagen en el espejo, la imagen de aquel Otro que cada niño tiene que descubrir primero al otro lado del cristal para saber cómo es su rostro.

«Me pareció que las matanzas en Bosnia, las matanzas de una guerra tenían el regusto de tecnología, de un sentido del orden que era completamente extraño a lo que había conocido», escribe un personaje de Jergovič. Para evitar que la paz que se respira en Bosnia continúe la guerra con otros medios hay que distinguir entre las causas que son producto de una planificación minuciosa y cómo se acoplan al discurso mítico y simbólico. Pero al mismo tiempo es importante también el recuerdo, el recuerdo que son precisamente los Balcanes, aquel lugar de Europa que conoció durante largos siglos una tradición de convivencia pacífica de diferentes religiones y pueblos. ¿Dónde podemos encontrar, si no en Bosnia, iglesias católicas al lado de las ortodoxas, los minaretes que rivalizan desde sus alturas con las sinagogas? ④

Lo mismo podríamos decir sobre Kosovo. David Albahari, en su ya mencionada obra *El anzuelo*, cuenta su historia familiar. Kosovo fue el único lugar de la ex Yugoslavia



donde la familia judía pudo organizar su vida de forma que el entorno les acogiera y el padre pudo ejercer su profesión de obstetra, ganándose el respeto de sus vecinos. Qué angustia ver cómo su madre se va deslizándose hacia la muerte delante del televisor, consternada al ver que la historia se repite y la atraparé en un lugar donde habían encontrado su casa durante cincuenta años.

A priori ningún símbolo, sea religioso o no, puede ser considerado ni tolerante ni militante, no le podemos atribuir por anticipado que muestre signos de colaboración ni que sea emblema de la enemistad. Los símbolos por sí solos no son ni buenos ni malos, no tienen buenas ni malas intenciones. Lo que hace que sean de una o de otra manera son las acciones prácticas para las que se utilizan y cómo se interpretan.

④ Mitja Veljionka, «Sodobne mitologije Balkana» [«Los mitos actuales en los Balcanes»], Ljubljana, Sofija, 1998. También en inglés: Mitja Veljionka, *Religious Separation and Political Intolerance in Bosnia-Herzegovina*, Texas UP, 2003.

¿Quién puede asegurar que bajo la bandera europea de las doce estrellas nunca se cometerá ningún crimen? Bosnia enseña qué pequeño que es el paso necesario para convertir un *homicidio*, el asesinato de una persona, en un *malicidio*, en la lucha contra el mal que justifica todos los medios.

La novela de Vladimir Bartol *Alamut* ²⁵ es leída y vendida en un número de ejemplares absolutamente inimaginable para la cultura eslovena de la que procede. El secreto del éxito de este libro es que no es una novela histórica, aunque imita bien el decorado. Bartol simplemente pone de relieve el temor ancestral de la cultura occidental. El motivo de la fortaleza de Alamut procede de los relatos de Marco Polo y es un tipo de leyenda negra que circula por Europa desde los días del primer explorador de las tierras orientales. Entre otros la recogieron orientistas alemanes del siglo XIX, cuyos libros Bartol consultó durante la gestación de la novela, haciendo caso omiso de las dudas sobre la veracidad de los datos que se conservan sobre los ismaelitas ²⁶.

Sí, la realidad se ha encargado de confirmar las atribuciones de Bartol a la fe de los ismaelitas, que los hace capaces de inmolarsse por sus ideales. Volveré a repetir lo que dijo Ivan Cankar en 1912: las utopías «tienen la curiosa capacidad de acabarse realizando». El Islam del libro de Bartol no es más que la encarnación verbal de la pesadilla de Europa. Si hubiéramos soñado una imagen de mundo islámico más amistosa, quizás, quién sabe, encontraríamos los caminos para que el sueño bueno también se haga realidad. Pero tenemos miedo de los otros, un miedo espantoso. Me estremece la fuerza de ese temor.

El concepto de Europa unida me suscita dudas a causa de la definición de la identidad europea que sólo se puede reconocer en la diferencia con los otros, lo que justifica los perjuicios contra los países del Este y fomenta la exclusión social. La identidad europea no debería ser pensada como un logro, como un premio. Pero además de todos los problemas expuestos, en la imagen autocomplaciente de Europa está presente cada vez más la diferenciación con el mundo islámico. La miseria de la Europa comunista poco a poco se está acabando, Europa necesita otro Otro para gozar de si misma. Nada más ilustrativo que la Bosnia de los años noventa para comprender la peligrosidad del nuevo juguete que ha escogido el mundo occidental para sentirse bien en su piel.

Malevich:
Chicas en el campo
(1928)

²⁵ Vladimir Bartol, *Alamut*, Traducción del francés de Mauricio Wacquez y Slavica Membrado Bursac, Barcelona, El Aleph, 2003. Reimpresión de la traducción publicada en 1989 y 1996 por Muchnik Editores, en 1992 por Edhasa, en 1994 por Salvat, en 1995 por Plaza y Janés y en 1999 por Planeta-De Agostini.

²⁶ Janko Kos, «Težave z Bartolom» [«Problemas con Bartol»], en *Pogledi na Bartola*, Ljubljana, Literatura, 1991. Análisis brillante de las limitaciones de la veracidad histórica de la novela y de las limitaciones de la especulación filosófica de su autor.

Fragmento de una ilustración
de la revista El Loro, (1881)

